

Mediación cognitiva: Un modelo relacional constructivista

miércoles, 16 de noviembre de 2005



Lorenzo Tebar Belmonte, psicólogo español, doctor en ciencias de la educación, experto y formador en el paradigma de la mediación cognitiva, comparte hoy con Magisterio Internacional las premisas básicas de este modelo, su pertinencia histórica y sus implicaciones conceptuales y metodológicas.

¿Cuál considera que es el sentido y la función social de la escuela en el contexto contemporáneo?

La escuela tiene dos objetivos fundamentales, y creo que no es mi sentir, sino el de los grandes pedagogos: en primer lugar, desarrollar todas las potencialidades del ser humano y, en segundo lugar, transformar la sociedad. La escuela debe ser en nuestros días una experiencia personalizadora y socializadora y, por lo tanto, tiene una tarea enormemente transmisora de valores, transmisora de principios, de criterios, de maduración, de sentido crítico y de identidad de la persona. Su función rebasa la transmisión de conocimientos: consiste en preparar a la persona para que se realice libremente, sea autónoma y sea capaz de concebir y desarrollar su proyecto vital.

¿Cuáles son los principales obstáculos y qué instancias deben cooperar para que sea posible la creación de ambientes modificadores en procura de una educación de calidad?

El primer problema de la sociedad hoy de cara a la educación es la formación de los educadores. Los entornos modificadores tienen que crearlos educadores, expertos en potenciar el desarrollo del educando. Es necesario recuperar la autoestima de la tarea educativa como una de las tareas más trascendentes del ser humano y para ello es necesario darle al educador las herramientas adecuadas: hay que darle una metodología que le permita potenciar al alumno y hay que enseñarle que hay unos pre-requisitos para el desarrollo de las capacidades de la persona, así como la manera de acompañar ese escalonamiento del pensamiento abstracto del ser humano. Lamentablemente esto no está solucionado.

Por otra parte, la educación es considerada una tarea casi secundaria en la sociedad y tanto en términos de prestigio como de economía, no resulta una ocupación muy atractiva. El Estado debe tener claro que el potencial mayor del futuro está en la sociedad del conocimiento y, por lo tanto, respaldar la escuela como el primer medio para lograrlo y preparar a la gente para que produzca y genere conocimiento.

Ahora bien, tanto el éxito como el fracaso educativo son un problema social. Un criterio genérico de calidad no sólo es el liderazgo, los medios, los recursos de los que dispone la escuela. La educación es una tarea de equipo: hay un aforismo africano que dice la educación del niño exige la tribu entera. Y eso es una realidad... de modo que ¿quiénes tienen que colaborar?, pues tienen que colaborar las instancias políticas, las sociales, las comerciales, las industriales, las del trabajo... y no podemos olvidar el papel ineludible de la familia: los padres tienen una tarea imprescindible que nadie puede suplantar en el ámbito del mundo afectivo, del mundo del sentido, del significado.

¿Qué es la mediación cognitiva, y por qué es pertinente este paradigma pedagógico en nuestros días?

Hay factores que hoy determinan una nueva valoración de la educación por medio de un nuevo estilo de relación educativa. En primer lugar, porque la educación se manifiesta sobre todo por la acogida de la persona. El educador ha perdido su rol fundamental de ser el depositario del saber: hoy frente a Internet con Google, las mejores bibliotecas y los mejores medios de comunicación masiva, la información está en todas partes, disponible en cualquier momento para el que la quiera o la necesite. Entonces, la escuela debe ejercer una función mediadora que ayude a la construcción de la mente de la persona. Es decir, el educador ya no es el depositario del saber, sino el constructor de la mente que posibilita que la persona aprenda a aprender. La mejor tendencia no es un conductivismo, no un planteamiento de la escuela tradicional en que el alumno lo que hace es repetir, asimilar un libro de texto para examinarse: la escuela lo que tiene que hacer es crear personas autónomas que sepan hacer frente a la incertidumbre, a los cambios de aprendizajes, que aprendan a aprender, a pensar y a ser críticas.

Todo esto exige un contexto: el primer concepto fundamental de este modelo es que aprender, conocer, no es como sacar una fotografía o una fotocopia: es un proceso de transformación que sucede en nuestra mente a partir de lo que ya sabemos. De ahí la importancia del mediador como aquella persona que cree en el educando, en sus potencialidades, y que se interesa por conocer su mente, sus procesos, su nivel de maduración; aquella persona que frente a los nuevos conocimientos es capaz de crear en el educando expectativas positivas, y que durante el proceso plantea interrogantes profundos, interpela, provoca y, al mismo tiempo, organiza con conocimiento profesional el proceso de crecimiento de la persona.

Hay dos aspectos fundamentales para definir este paradigma: por una parte lograr que el alumno se implique totalmente para ser él el protagonista del aprendizaje. En definitiva es el individuo el que aprende por sí mismo: si un valor hay cercano al aprendizaje, es la interioridad. El proceso de aprendizaje es un proceso absoluto de interiorización. A la larga, cada uno aprende y se queda con su mundo interior impregnado de afectos, de odios, de frustraciones, de prejuicios o de auténtico conocimiento. El otro aspecto es la metacognición: la toma de conciencia por parte del alumno de por qué aprende o por qué no, de por qué aprende bien o mal... de cómo almacena y recupera información, de qué le cuesta más y qué le cuesta menos, de con qué estrategia aprende mejor. Esa conciencia es justamente lo que va más allá del hacer. Se suele decir que no aprendemos sino por metacognición, pues si no somos conscientes seríamos papagayos que no sabemos ni lo que decimos: no adquirimos el significado y, por lo tanto, no estructuramos nuestro pensamiento.

¿Cuál es el aporte del paradigma de la mediación al constructivismo?

La mediación aporta una enriquecedora reflexión acerca del estilo de relación entre el educador y el alumno: acerca del talante con el que un educador puede acercarse a un niño para ayudarle, por ejemplo, a controlar su impulsividad, o para ayudarle a desarrollar un pensamiento optimista frente al mundo, o para enseñarle aspectos socializadores de cooperación o estrategias cognitivas. El aporte es, pues, una forma de relación más adaptativa del profesor, una relación cercana, conocedora de los procesos implicados en el acto de aprender, que tiene en cuenta los aspectos afectivos, motivacionales, las expectativas, los aspectos energizantes de esos procesos.

Habría entonces que pensar en el profesor como psico-pedagogo...

Sí. Yo creo que la profesionalidad del educador tiene mucho de psicología. El educador tiene que ser un experto en procesos y tiene que darse cuenta de cómo el niño aprende a aprender, tanto como hacerle consciente de por qué aprende o por qué no. Tiene que ser capaz de ayudarle a olvidar y a construir esquemas mentales y enriquecerle de imágenes, de mapas conceptuales.

¿Qué procesos de pensamiento estimula este modelo?, ¿qué concepto de “educación” le es

inherente?

El maestro mediador debe enseñar al niño diferentes técnicas para procesar la información: comparación, clasificación, análisis, síntesis, inducción, deducción, formulación de hipótesis, analogías, inferencias lógicas, silogismos, etc., exactamente de la misma manera en que lo haría un experto en informática. Se trata de categorías que permiten la elaboración del conocimiento partiendo de un proceso de selección crítica de la información... se trata de que la educación ya no puede ser más llenar un recipiente de datos, sino aportar a las personas estrategias y criterios que les permitan construir su propio conocimiento.

¿Cuál es el perfil didáctico del profesor mediador?

Bueno, el perfil didáctico es justamente el aporte de mi tesis doctoral a este modelo y era lo que al maestro Feuerstein le interesaba que alguien desarrollara: cómo hace a nivel pedagógico un profesor para realmente lograr estos objetivos. Una herramienta fundamental en este sentido es el mapa cognitivo. El mapa cognitivo es una especie de metáfora topográfica que disecciona los elementos y las etapas que un educador debe tener en cuenta cuando quiere enseñar algo a alguien. Son 7 elementos:

1.Los contenidos. 2.La modalidad en la que está expresado ese contenido: auditiva, visual, pictórica, gráfica, esquemática, etc. (el buen educador es el que sabe expresar los contenidos a través de diferentes modalidades, adaptándose a la mayor conveniencia del alumno). 3.Las capacidades o las disfunciones con las que el alumno enfrenta el proceso de aprendizaje. Feuerstein las llama funciones cognitivas: en primera instancia las relacionadas con el input: si el alumno ve, si oye, si entiende las palabras, si sabe o no definir el problema, etc. Luego, las de la elaboración: cómo el alumno plantea el problema, cómo compara, cómo clasifica, cómo analiza, cómo saca conclusiones, etc. y, finalmente las del output, la respuesta, condicionada a todo el proceso anterior. 4.Las operaciones mentales que ponen en funcionamiento esas capacidades: qué nivel de abstracción exige al alumno un determinado proceso cognitivo, partiendo del más elemental que es el de la identificación y la denominación. Las operaciones mentales son el elemento energizante de nuestras capacidades. Tenemos muchísimas capacidades, pero su desarrollo depende de que el profesor sea experto en traducir ese potencial en operaciones mentales concretas y en hacer que las interioricemos. 5.El nivel de complejidad del estímulo: cantidad de elementos, novedad de la materia, potencial de extrañeza o de fatiga. 6.Nivel de abstracción que el estímulo demanda: qué grado de operación mental exige del niño, lo cual debe ser absolutamente claro para el profesor. 7.Nivel de eficacia: cuando pone una tarea a los niños, el profesor debe saber a ciencia cierta si éstos van a ser o no capaces de realizarla. Aquí entra en juego un aspecto fundamental: una de las tareas sintetizadoras de la labor educativa es la capacidad del educador de implicar y motivar al alumno. En el nivel de eficacia es en donde se refleja el éxito o el fracaso de la tarea educativa. Cuando el educador adapta la materia al nivel de capacidad y de maduración del alumno, hay para éste una motivación intrínseca que es el resultado satisfactorio que obtiene en la escuela. El alumno que no obtiene resultados positivos, en cambio, es un alumno que no se motiva.

¿Cómo se da el proceso de evaluación en este contexto?

Al niño hay que descubrirle las cartas, decirle lo que esperamos de él: el niño tiene que ser consciente de lo que yo quiero que él haga y ser su propio evaluador... no debe depender de mi evaluación. Por eso tiene que ser crítico y conocer las pautas y las expectativas con respecto al final del proceso de aprendizaje. Hay, pues, que formar a los alumnos en un sentido de autoevaluación:

todo alumno debe saber dónde se encuentra para poder decir estoy consiguiendo mis metas, o necesito más ayudas, más mediaciones. Esto no es fácil, pero es imprescindible: el alumno debe tener el control de sus propios aprendizajes.

Esta es una parte de la evaluación. Otra es todo el proceso de diagnóstico y pronóstico del educando: el profesor tiene que saber con qué problemas empieza un alumno para potenciarlo, para cambiarlo, para modificarlo. En esto consiste la evaluación dinámica que propone Feuerstein. Él lo que mide es el potencial de aprendizaje, o mejor, de propensión al aprendizaje: la disposición del sujeto a aceptar o no aceptar las mediaciones que le potencian, que le eliminan sus disfunciones o que le ayudan a ser más eficaz. Hay niños resistentes a la mediación y hay otros muy receptivos. Feuerstein lo que hace es elaborar todo un psicodiagnóstico: a partir de un test, mediación y re-test, se puede ver la evolución del alumno en determinados procesos involucrados en el acto de aprender o desaprender (re-estructurar, olvidar lo malo que hemos aprendido y poner las cosas en su sitio.) Con esta herramienta, se puede pronosticar con qué tipo y cantidad de mediaciones el alumno puede alcanzar un resultado específico, contando desde luego con su implicación. Aquí entran en juego tanto la capacidad del alumno para motivarse como su propensión caracterológica y motivacional.

Y la labor del educador frente al alumno que a lo mejor no se sienta muy motivado frente a determinado tipo de conocimiento, es saber despertarle la curiosidad, llegarle afectivamente, presentarle cosas novedosas... el mediador debe lograr que el alumno deposite en él su absoluta confianza y eso lo logrará accediendo a su mundo interior y adaptándose a sus necesidades específicas. La utopía de la educación exige superar el aquí y el ahora, lo cual supone por parte del educador una enorme flexibilidad. Pero sólo así se garantiza la trascendencia del aprendizaje: al niño que es hiperkinético, al niño que es rebelde, al niño que es abúlico, al niño que no se puede concentrar, a todos hay que saber cómo tratarlos y eso exige una profesionalidad y un sentido de cooperación en el ejercicio de la profesión.

¿Cómo lograr el cambio de concepción frente a la educación para que sea posible la implementación de este tipo de modelo?

Es necesario formar las cabezas de los que están liderando nuestros países. Esto lo tendría que escuchar el ministro o la ministra de educación, los líderes del país, y los directores de los colegios. La formación del profesorado tiene que ser conjunta y las estructuras se tienen que modificar de manera que los colegios tengan autonomía para hacer un proyecto educativo adaptado a las necesidades de sus alumnos. Hoy hay escuelas del siglo XIX, profesores del siglo XX y alumnos del siglo XXI... Hay que suplir ese desfase